

Santos legendarios del Carmelo e iconografía

Ismael MARTÍNEZ CARRETERO, O. Carm.
Sevilla

I. Origen de tales leyendas.

II. Entre la historia y la leyenda.

III. Las fuentes literarias.

IV. Santos legendarios del santoral carmelita.

V. Santos primitivos.

5.1. *San Agabo.*

5.2. *Santa Ifigenia.*

5.3. *San Elesbán.*

VI. Santos pontífices y patriarcas.

6.1. *San Elesbán.*

6.2. *San Dionisio para.*

6.3. *San Cirilo de Alejandría.*

6.4. *San Cirilo de Constantinopla.*

VII. Santos ermitaños.

7.1. *San Espiridón.*

7.2. *San Hilarión.*

7.3. *Santa Eufrosina.*

I. ORIGEN DE TALES LEYENDAS

La gran tragedia a la que se hallaba abocada la Orden del Carmen al llegar a Europa en su forzado exilio era la de su extinción total como orden pequeña y desconocida, «llevando sobre sí además la sospecha de haber sido fundada después de la prohibición del Concilio IV de Letrán de 1215, y se ponía en cuestión el mismo derecho a su existencia», escribe Smet. Esta amenaza se acentuó en 1274 por las determinaciones del Concilio II de Lyon renovando la prohibición de 1215 referente a la fundación de nuevos órdenes. Se prohibió admitir nuevos candidatos a las ya fundadas con la intención de provocar su total desaparición, salvo franciscanos y dominicos; los agustinos y los carmelitas continuarían hasta que la Santa Sede determinase otra cosa al haber sido fundadas antes de la indicada fecha de 1215. «El Concilio II de Lyon canonizó, es decir, fijó en cuatro el número de las órdenes mendicantes de la Iglesia»¹.

Pero, sin duda, la gran dificultad para ser aceptados los carmelitas en Occidente se debía en gran parte a lo incierto de sus orígenes. Tanto los franciscanos como los dominicos podían hablar de sus respectivos fundadores con datos concretos; los mismos agustinos tampoco tenían grandes dificultades en convencer a la gente que San Agustín era su fundador. «Los carmelitas, si embargo, no gozaban de tan bendita certeza en un momento en el que estos datos eran tan importantes», dice Smet.

Los carmelitas no sabían qué decir cuando la gente les preguntaba cuándo y por quién habían sido fundados; de ahí que hubiera necesidad de hacer oficialmente lo que hoy llamamos una “declaración de principios”, y así se hizo, insertando en las Constituciones de 1281 la llamada *Rubrica Prima*. «Y puesto que ciertos hermanos nuestros de los más jóvenes se preguntan en donde y cómo nuestra Orden tuvo su principio y no saben cómo en verdad responder, para ellos y para todos cuantos se hagan la misma pregunta, queremos dar por escrito la siguiente respuesta»:

1. SMET, J., O. Carm., *Los Carmelitas I*, BAC, Madrid 1987, pp. 23-24.

«A quienes pregunten de dónde y cómo tuvo principio nuestra Orden así hemos de responder: Declaramos, dando testimonio de la verdad, que desde el tiempo en que los profetas Elías y Eliseo vivieron devotamente en Monte Carmelo, los santos Padres tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, a quienes la contemplación de las cosas celestiales condujo a la soledad de este monte, llevaron allí, sin duda, vida ejemplar, junto a la Fuente de Elías, en santa penitencia, mantenida sin interrupción y con provecho... A estos mismos sucesores, Alberto, patriarca de Jerusalén, en tiempos de Inocencio III, unió en una comunidad, escribiendo para ellos una Regla, que el papa Honorio, sucesor del mismo Inocencio, y muchos de sus sucesores, aprobando esta Orden, la confirmaron con mucho encomio por medio de cartas. En la profesión de esta Regla, nosotros, sus seguidores, servimos al Señor en diversas partes del mundo, hasta el día de hoy»².

«Esta *rúbrica primera* es la semilla de la que germinaría la leyenda eliana en siglos venideros, desarrollándose frondosamente incluso hasta el exceso»³. Y con Elías los *Hijos de los Profetas* sus sucesores, hasta alcanzar bien avanzada la nueva era del Cristianismo; he aquí cómo nos lo explica el P. Zimmerman.

«Desde que los Carmelitas se trasladaron a Occidente, ocuparon su agudo ingenio en el hercúleo trabajo de reconstruir la antigüedad y la continua sucesión de la Orden desde los tiempos del profeta Elías y de la Escuela de los Profetas fundada por Samuel e incrementada más tarde por Elías y Eliseo... Los autores de los siglos XIII y XIV se esfuerzan casi todos por probar tal antigüedad. El lugar de ocuparse de la historia de su tiempo, todos se dieron a recoger lo que encontraban en los distintos autores acerca de los Esenios (en Flavio Josefo, Plinio, Eusebio) de los Terapeutas en Filón, del oráculo de Monte Carmelo en Tácito, de la subida al Monte Carmelo de Pitágoras en Jámblico, de la vida y virtudes de Elías y Eliseo en escritores eclesiásticos... Y todo para confirmar sus opiniones».

Y continúa diciendo el citado autor:

«Si bien muchos escritores medievales aceptaron esta tesis de los carmelitas, otros -en número realmente poco apreciable- la negaban, de modo que la Orden nunca se halló en posesión pacífica de sus asertos. Así fue cómo casi todo el esfuerzo de nuestros historiadores, desde el siglo XIV hasta los tiempos más cercanos a nosotros, se empleó en componer obras apolo-géticas. Entre ellos destacan Juan de Hildesheim, Juan Baconthorp, Bernardo Oller, Juan Horneby, Tomás Bradley, Pedro Bruyne, Juan de Malinas y no pocos otros. Esta obsesión por la antigüedad fue la causa de que nuestros

2. STARING, A., O. Carm., *Medieval Carmelite heritage*, Institutum Carmelitanum, Roma 1989, p. 40.

3. SMET, *Los Carmelitas*, I, p. 26.

autores olvidaran otras cosas más útiles. El primero que comenzó a escribir algo de historia fue Juan Trissa con sus catálogos de los capítulos y de los priores generales y de los maestros de París»⁴.

II. ENTRE LA HISTORIA Y LA LEYENDA

Balbino Velasco Bayón, un carmelita segoviano que se ha llevado toda su ya prolongada vida tejiendo y entretejiendo retazos de la historia de la Orden a la que pertenece, ha debido muchas veces combinar documentos apilados en multitud de archivos, sorprendentes muchos porque eran aún inéditos, y desconcertantes otros por hallarse envueltos en tradiciones sin base alguna real que los avalara. Se trata las inevitables leyendas que durante siglos se han venido transmitiendo y leyendo como auténticas joyas literarias en libros de devoción, estimulando con sus ejemplos a multitud de piadosos lectores, y haciendo sonreír a los propios frailes y monjas.



San Elías Profeta, considerado como Padre y Fundador de la vida religiosa, según S. Jerónimo, lo es de la Orden del Carmelo y como tal figura en San Pedro del Vaticano

«La leyenda está profundamente vinculada a la Orden del Carmen. Hacer referencia al Carmelo comporta el recuerdo inevitable de una larga serie de relatos legendarios deliciosos que, desde los tiempos bajo-medievales, se ha venido transmitiendo en los conventos carmelitas. Casi hasta nuestros días estas leyendas –en algunos ambientes– se han considerado como histo-

4. ZIMMEERMAN, B., OCD, «Monumenta historica carmelitana», vol. I, citada por Ludovico Saggi en *Hagiografía Carmelitana*, pp. 120-121.

ria propiamente dicha y no han faltado desgarros a la hora de deslindar los campos y desmontar este talante legendario»⁵.

Comentando esta misma frase de nuestro carmelita castellano escribe Teófanos Egido:

«No es exageración alguna la sospecha al menos de que las leyendas con frecuencia han sido un agente efectivo como signo de identidad familiar de las órdenes religiosas, y no sólo en los largos tiempos precríticos en los que, conforme al axioma formulado por Salmann, tanto peso tenía la fantasía como la realidad, lo imaginado como lo realmente acontecido, y no ocultaban su fascinación por lo prodigios y lo inverosímil... La leyenda tiene que mirarse como una riqueza histórica envidiable, no la menos valiosa por cierto, del patrimonio espiritual de las órdenes religiosas, monásticas y mendicantes, que son las que ahora nos interesan. Y que han ido formando este tesoro con trabajo puesto que no siempre resulta fácil fabricar la belleza, y si algún don tienen las leyendas, que tienen muchos, uno de ellos suele ser el de la hermosura. Al menos eso me parece a mí que esconden las leyendas carmelitanas.

Era tanpreciado el tesoro legendario, que las reformas o las refundaciones de las órdenes no rompieron nunca con los orígenes ni con las tradiciones que habían alimentado el tronco común primitivo medieval. Más aún, todos se aferraron a los inicios: los conventuales o calzados para recabar su sucesión legítima, ininterrumpida, que era la personificada en ellos y por ellos; los reformados o descalzos para proclamar que, por el contrario, eran ellos los que recuperaban el espíritu y la letra que casi siempre se materializaba en el rigor como signo de identidad. Unos y otros, sin embargo, se tratara de monjes, de franciscanos, de agustinos, y de los más difícil de clasificar jerónimos, por citar a algunos, miraban a los santos fundadores. Es lo que aconteció con los carmelitas calzados y descalzos con su modelo (o fundador, como antaño se decía) el profeta Elías y con la patrona o madre o hermana Virgen María del Monte Carmelo (o con ambos a la vez)»⁶.

Todas las órdenes antiguas sin excepción también dieron rienda suelta a la fantasía y, al soñar en sus orígenes poco definidos, como fueron las distintas familias agustinas, rellenaron con hechos fantásticos los vacíos históricos débilmente apuntalados. Pero sin duda hay que reconocer que los carmelitas se llevaron la palma: no se anduvieron con pequeñeces cuando tra-

5. VELASCO BAYÓN, B., O. Carm., *Historia del Carmelo Español*, Institutum Carmelitanum, Roma 1990, I, p. 43.

6. EGIDO, T., OCD, «Nuestro Padre San Elías» en *In labore requies*, libro homenaje de la Región Ibérica Carmelita a los Padres Pablo Garrido y Balbino Velasco, Edizioni Carmelitane, Roma 2007, pp. 206-207.

taron de justificar su antigüedad y se remontaron nada menos que al profeta Elías como fundador. De aquí que no hubiera dificultad alguna en explicar en Occidente cómo aquella orden *refundada* en Palestina a principios del siglo XIII era la misma que la de los Hijos de los profetas, como ya antes se ha dicho; sólo era cuestión de etapas o épocas: la *Profética* (desde la aparición de la *Nubecilla* a Elías hasta el nacimiento de Cristo); la *Evangélica* griega o bizantina, la *Latina* y *Occidental*, a partir de la llegada de los carmelitas a Europa. Aquí entran, por tanto, figuras de santos de todos los tiempos que fueron asumidas como carmelitas al ser consideradas como eslabones de una misma e ininterrumpida cadena.

III. LAS FUENTES LITERARIAS

El primer carmelita que se preocupó de poner las bases documentales de la propia historia de la Orden fue, como ya quedó apuntado, Juan de Baconthorp (†1346) a quien siguió su contemporáneo Juan de Chimineto, doctor por París, quien en 1337 escribió su famoso *Speculum Fratrum Ordinis B. Mariæ de Monte Carmelo*; aparte de los textos heredados de sus antecesores, aumenta su repertorio con los conocidos pasajes de Casiano y San Jerónimo, citas que se hallarán en casi todos los siguientes autores: «Nuestro príncipe es Elías, nuestro caudillo es Eliseo, nuestros guías son los Hijos de los Profetas que habitaban en el campo y en la soledad», escribía San Jerónimo a Paulino. Y lo mismo repetía Casiano: «Es conveniente que el religioso se comporte como sabemos que se comportaban en el Antiguo Testamento aquellos que pusieron los fundamentos de esta misma profesión: Elías y Eliseo, como lo demuestra la autoridad de las Escrituras»⁷.

Que los autores carmelitas fueran pródigos en propagar y difundir estas ideas nada tiene de extraño, pero lo realmente curioso es comprobar cómo otros autores ajenos a la misma Orden pusieran todo su empeño en dar renombre al Carmelo como fue el célebre Juan de Tritenheim, abad de Spanheim, más conocido con el nombre latinizado del *Abad Tritemio*, quien, refiriéndose tan sólo a los santos del Nuevo Testamento, llegó a afirmar en su obra *De laudibus* (Colonia, 1494): que «fueron tantos los hermanos santos de esta Orden en la ley de gracia que es imposible contarlos, como imposible es contar las estrellas del cielo»⁸.

7. HENDRIKS, R., O. Carm., «La succession héréditaire» (1280-1451), p. 48, citado por Saggi en *Hagiografía Carmelitana*, p. 49.

8. La célebre frase en latín era la siguiente: «Tot Sancti (Nova Lege) in Ordine isto [Carmelitarum] fuerunt ut penitus numerari nequeant. Enim vero, si quis stellas cœli dinumeraret, et ejus Ordinis Sanctos numerare poterit». Cf. SAGGI, L., O. Carm., «Hagiografía Carmelitana» en *Santos del Carmelo*, Madrid 1982, p. 59.

Pero no es necesario remontarse a aquellos tiempos medievales; en el siglo XVII un conocido jesuita llamado José Andrés, profesor en el Colegio de Zaragoza y calificador del Santo Oficio, escribió un libro en latín titulado *Decor Carmeli* que se tradujo al castellano dos siglos después rebautizado con el nombre de *Glorias del Carmelo* y que muchos de nosotros hemos leído en nuestra época de formación. «El autor se declara carmelita por amor y convencimiento, aunque no lleve su hábito. Llama a San Elías padre y fundador de la Orden Carmelitana, la cual ha sido el arquetipo sobre el que se han modelado las demás reglas y constituciones; todos los filósofos que han asombrado al mundo han bebido en la fuente del Carmelo. Los Carmelitas recorrieron con los Apóstoles el mundo entero y fueron ellos los primeros maestros de todos los pueblos; vinieron también a España acompañando a Santiago y fueron consagrados obispos»⁹.

Y hasta mediados del siglo XVIII tendremos a D. Francisco Colmenero, otro sacerdote amante de la Orden, quien publicará *El Carmelo Ilustrado* (Valladolid, 1754), y será el que difunda tanto por España como por Iberoamérica la devoción a los santos etíopes Ifigenia y Elesbán, como en su lugar veremos.

De los numerosos hagiógrafos propios de la Orden, nos limitamos a citar a los dos más conocidos como son el descalzo P. José de Santa Teresa, OCD, y el P. Simón Besalduch, O. Carm. El primero publicó en 1677 su *Flores del Carmelo. Vidas de Santos de nuestra Señora del Carmen*, Madrid, 1677¹⁰. Da su licencia el Rvmo. P. Fr. Silvestre de la Asunción, «General de los Religiosos Descalzos de nuestra Señora del Carmen, de la Primitiva Observancia, de acuerdo con nuestro Definitorio». El general matiza el título concretando que se trata de los santos «de quien reza la Religión».

Después de una grandilocuente introducción de cuán agradecidos deben ser los hijos respecto a sus padres y los discípulos de sus insignes maestro como de singulares ejemplos para alcanzar la santidad, escribe nuestro Historiador General de la Orden Descalza que «la conformidad y semejanza de la profesión en que han de convenir el Maestro y los Discípulos, y el ejemplo de las obras virtuosas que les enseña, es la mejor disposición para que los deseos de aprender se den por más obligados».

9. *Ibíd.*, p. 106. La versión española la hizo el exclaustro P. Juan A. Torrentes, O. Carm., con el título de *Glorias del Carmelo*, con interesantes adiciones, en Palma de Mallorca 1860.

10. SANTA TERESA, J. de, OCD, *Flores del Carmelo. Vidas de Santos de nuestra Señora del Carmen*, Madrid 1677. Existe otra edición de Ed. de *Espiritualidad*, Madrid 1948, corregida y aumentada por el P. Dámaso de la Presentación, OCD.

«Con este mismo dictamen, la primera Regla escrita que el año de 412 nos dio el V. Juan Silvano Nepote, Obispo de Jerusalén, después de haber sido Abad en el Carmelo, fue sacada de la vida y acciones de nuestro Padre San Elías y demás hijos de los profetas hasta que llegó su sucesor San Juan Bautista, juzgando que con imitar la vida de los primeros Padres de la Religión, llegarían con más brevedad a ser santos. Estos ejemplares y otros que ha tenido la Religión en diferentes edades ofrezco en el lienzo y árbol de este Libro por flores de nuestro Carmen y que han dado tantas fragancias de santidad a la Iglesia, de quien ha merecido la pública veneración y aplauso»¹¹.

Y el incansable P. Simón Besalduch, el último que nos transmitió todas las hermosas leyendas ya en pleno siglo XX, totalmente convencido de que cuanto con tanto afán y entusiasmo transcribía para los hijos del Carmelo era no sólo para creerlo, sino para imitarlo y vivirlo como auténticos modelos de santidad, sin duda que hizo despertar en más de un novicio y novicia los fervores propios de aquella edad y etapa de la vida religiosa; incluso a los mayores nada se les podía objetar porque lo habían creído a pies juntillas y ponerlo en entredicho era algo así como tener dudas de fe.

IV. SANTOS LEGENDARIOS DEL SANTORAL CARMELITA

De tales historias surgieron los *Santorales* que se inician a partir del siglo XIII por litúrgico imperativo; a mediados de este mismo siglo ya se dispone del *Proprium Sanctorum Carmelitarum*. Los primeros *Ceremoniales* y *Rituales* que se conocen son los de 1263 y 1294; en el de 1312 aparece asumido el rito franco romano, que fue el que se llevó a Palestina durante las cruzadas y base del llamado *rito jerosolimitano*, propio del Santo Sepulcro, justo el que la Orden del Carmen adoptó y practicó como propio hasta el Vaticano II. En la misma Regla ya se indica que se rece «*secundum constitutionem sacrorum patrum et Ecclesiae approbatam consuetudinem*» (art. 11), y así lo comenzaron a practicar los carmelitas en Tierra Santa en el siglo XIII.

En el siglo XIV aparecen incluidos los santos considerados como propios de la Orden (*Ordinis nostri*) de cuyas biografías se hacía lectura en el breviario; en el de Bruselas de 1480 ya se rezaba incluso de San Longinos, de San Alejo y de Sta. Gertrudis; hasta un siglo más tarde no se hace una profunda revisión, estableciéndose total uniformidad en toda la Orden; se eliminan santos ajenos y se introducen no pocos legendarios, pero supuestamente vinculados con el Carmelo tales como San Cirilo de Alejan-

11. SANTA TERESA, J. de, OCD, *Flores del Carmelo*. Prólogo.

dría, San Hilarión, San Cirilo de Jerusalén y otros de quienes haremos breve mención¹².

En la tradición de la Orden, especialmente a partir del siglo XV, surgen numerosas historias formando parte de una ininterrumpida cadena que, partiendo desde el mismo Profeta, alcanzaba hasta la fundación jurídica de la Orden del Carmen en el siglo XIII. Partiendo de la famosa *Nubecilla* eliana como prefiguración de la Inmaculada Concepción (la *Virgo Paritura*) se va tejiendo toda una tierna y deliciosa historia que denota una cercana familiaridad de los carmelitas respecto a la vida y antecedentes al nacimiento del Redentor reflejada en una temprana iconografía.

En el *Museo Lázaro Galdiano* de Madrid se muestra una tabla flamenco, obra de Pierre van Lint, que formaba parte de un retablo del convento carmelitano de Malinas en el siglo XVII y que representa la historia de Santa Emerenciana quien, según la tradición, quiso consagrarse a Dios en el Monte Carmelo a imitación e los monjes, los Hijos de los Profetas, pero el Señor le hizo ver que ella estaba destinada a ser la bisabuela del Mesías prometido y así se nos muestra a la santa cómo de su costado brotaba una rama, la del árbol de Jesé, de la que nacería Ana, la madre de María Virgen y Madre de Jesús.



El "*Speculum Carmelitanum*" del P. Daniel de la Virgen María (Amberes, 1680), recoge las antiguas tradiciones del Carmelo, casi todas legendarias

12. Cf. *Dizionario Carmelitano*, ed. italiana, Roma 2007, pp. 773-775.

La escena está situada en el Monte Carmelo, junto a la fuente de Elías, entre ángeles y monjes carmelitas. Es curioso observar cómo la genealogía del Salvador se hace mediante sus ramas femeninas. En efecto, Emerenciana, casada con *Estolano*, será la madre de *Ana* y *Esmeria*, progenitoras a su vez de *María* e *Isabel* quienes engendrarán respectivamente a Jesús y a Juan el Precursor. Deliciosa la escena en la que ambas mujeres suben al Monte Carmelo para mostrarles a los monjes el fruto de sus entrañas y dar gracias con ellos porque la promesa prefigurada en la *Nubecilla* se ha cumplido; los carmelitas reciben a los santos infantes acompañados de sus madres y abuelas bajo cruz alzada, ciriales incluidos. La tabla se conserva en el Museo de Frankfurt¹³. Que la Sagrada Familia hiciera parada obligada en el Monte Carmelo en su Huida a Egipto y que el Niño Jesús jugara con los monjes a su vuelta nos indica qué grado de credibilidad merecían aquellas historias que tanta ternura despertaba entre sus ingenuos lectores.

No es de extrañar, por tanto, que los carmelitas recrearan las escenas emanadas principalmente de los apócrifos, bajo su propio punto de vista. En el convento del Buen Suceso de Sevilla y procedentes de la antigua Casa Grande del Carmen (hoy Conservatorio de Música), se guardan algunos lienzos que decoraban el claustro principal sobre la Historia de la Orden, debidas en gran parte al pintor Andrés Rubira; en alguna de ellas se nos muestra sin rubor cómo los carmelitas se hallan presentes entre María y los Apóstoles en la escena de Pentecostés y asisten afligidos a la muerte de la Virgen.

V. SANTOS PRIMITIVOS

5.1. *San Agabo (s. I dC)*

Tal vez el más antiguo de todos estos santos, aparte de San Juan Bautista considerado como eremita del Monte Carmelo antes de predicar le venida del Mesías junto al Jordán, hemos de citar a San Agabo, santo totalmente legendario que en el pasado se tuvo siempre como monje carmelita. Entre otros será el beato Bautista Mantuano quien en su *Parthenices Mariana* recoja la por otra parte hermosa leyenda de la no florecida vara entre los pretendientes a esposo de la Virgen; sólo floreció la del justo varón José, de la tribu de Jacob. Defraudado el santo varón pretendiente de la mano de María de Nazaret, Rafael le representa rompiendo la vara, lo mismo que hace Murillo en un cuadro que figuraba en el Carmen Casa Grande de Se-

13. MARTÍNEZ CARRETERO, I., O. Carm., «La Virgen de los Carmelitas», en *Escapulario del Carmen*, 102 (2005) 30-31.

villa y que hoy se encuentra en el *Wallace Collection* de Londres. El joven candidato a ser esposo de la Virgen decidió retirarse como ermitaño al Monte Carmelo donde se santificó entre aquellos santos monjes.

5.2. *Santa Ifigenia (s. I dC)*

Tanto esta santa africana como su compañero y compatriota etíope San Elesbán se introducen en la hagiografía carmelitana de España por medio del sacerdote vallisoletano al que antes nos hemos referido.

Hija del rey de Etiopía en el siglo I d. C., la vida de Sta. Ifigenia se encuadra, según la leyenda, dentro del episodio del apóstol Felipe y el Eunuco de Candaces, ministro de la reina de Etiopía (Hech 8, 27-40). Tal episodio le abriría las puertas al apóstol San Mateo para evangelizar el mítico imperio; la princesa Ifigenia sería entonces adoctrinada directamente por el apóstol y bautizada en la nueva fe.

«Un día, estando en oración, le reveló Jesucristo que sería de su agrado se constituyese ella en algo así como capitana y generalísima de un ejército de vírgenes», fundando un monasterio, escribe el P. Besalduch. También San Mateo se hallaba interesado en tal proyecto, por lo que fue él mismo «quien le impuso el hábito de carmelita, según lo vestían los santos moradores del Carmelo... Había con el Apóstol algunos monjes del Monte Carmelo que eran coadjutores en la predicación y fueron los que dieron a la naciente comunidad de religiosas las mismas normas de vida según el espíritu de Elías que se observaba en el Monte Carmelo».

Ya tenemos, pues, a las monjas carmelitas fundadas mucho antes de que aparecieran Juana de Tolosa, Francisca d'Amboise o Teresa de Jesús, y en la misma tierra de aquel santo Monte. Y santamente vivió en el monasterio como dechado de virtud y ejemplo para sus monjas; desde aquel recinto sacro sirvió a los intereses de su tierra, Etiopía, hasta su muerte acaecida el 21 de septiembre por los años 46 de nuestra Era, «porque en dicho día se hace mención de ella en el martirologio romano»¹⁴.

Se cuentan multitud de milagros que en el siglo XVIII recoge el ya citado Francisco Colmenero en una conocida obra¹⁵; su popularidad se extendió bien pronto no sólo en España sino por tierras de Brasil y de la Améri-

14. BESALDUCH, S., O. Carm., *Flos Sanctorum del Carmelo. Cien vidas selectas de Santos, Beatos, Venerables y Siervos de Dios carmelitas*, Barcelona 1951, pp. 312-313.

15. COLMENERO, F., Pbro., *El Carmelo Ilustrado*, Valladolid 1754.

ca hispana. Conocemos algunas imágenes que aún se veneran en ciertos lugares como en la iglesia del Carmen de Cádiz, junto con San Elesbán, ambos vestidos de carmelitas descalzos, también en el Carmen de Antequera y en el de Écija, antiguos templos de carmelitas, siendo patrona en la actualidad de un pueblecito peruano no muy lejos de Lima. La conocida *Hermanidad de los Negritos* de Sevilla lleva sobre el paso de palio de Ntra. Sra. de los Ángeles un hermoso altorrelieve en plata de esta santa africana.

5.3. *San Elesbán* (†540 Ca.)

Aunque dispares en el tiempo pero muy cercanos en cultura, raza y nación, este santo también de raza negra va indisolublemente unido a Santa Ifigenia, formando una inseparable pareja de carmelitas iconográficamente muy típica y simpática. A ambos etíopes se les representa con una pequeña iglesia sobre sus manos, como símbolo de su condición de fundadores, envueltos los dos en sus amplias capas blancas de ermitaños del Carmelo.

«Por lo que mira a las vidas de San Elesbán y Santa Ifigenia fue el motivo de ponerlos juntos en esta obra el haber llegado a mis manos, con motivo de las Misiones que me han oído los portugueses, un tomo en folio, impreso en Lisboa el año de 1735, escrito con la más copiosa erudición por el Rvmo. P. Mtro. Fr. José Pereira, Carmelita y Doctor por la Universidad de Coimbra, que titula Los dos Atlantes de Etiopía, San Elesbán y Santa Ifigenia, obra recibida con estimación por los doctores y universalmente aplaudida. Por el Consejo (de la Corte) la aprobaron el Rvmo. Padre Antonio del Sacramento, dominico...», y un sin fin de esclarecidos clérigos portugueses que el autor cita, refrendando que «todos magnifican con especiales alabanzas la solidez y erudición de este copioso trabajo en el que encontré un abundante tesoro que me franqueó las más selectas preciosidades que pudiera desear para formar el compendio de las Vidas de unos santos que han obrado y obran muchos milagros, deseando que, así como en Portugal y en otros países se ha extendido felizmente su devoción, así se logre el que en las Castillas se dilate el culto y veneración de estos portentosos santos»¹⁶.

Ya sabemos, por tanto, la fuente bibliográfica de donde corrió tan aprisa esta devoción por las tierras del sur, especialmente por Sevilla y Cádiz. Y lo singular del caso es que, justo en ese mismo año de 1735, se publica en Sevilla la obra del citado carmelita Frei Joseph Pereyra de Santa Ana, O. Carm., titulada *Os Dois Atlantes de Etiopía. Santo Elesbão e Santa Efigé-*

16. COLMENERO, F., Pbro., «El Carmelo Ilustrado», Valladolid, 1754, citado por el P. Besalduch, en su *Flos Sanctorum del Carmelo*, pp. 331-332.

nia, obra que sería reeditada en 1736 y 1738¹⁷. Lo cual nos induce a pensar que también este escritor carmelita debió influir directa y notablemente entre sus hermanos carmelitas españoles.

Nació Elesbán en Auxume, la capital del entonces mítico imperio etíope fundada por la reina Sabá; la fe cristiana les llegó a los habitantes de este reino por medio del Apóstol Felipe, como ya se dijo al tratar de Santa Ifigenia, pero fue a principios del siglo VI cuando se desenvuelve la vida de Elesbán, hijo primogénito del rey Tacena a cuya muerte heredó el trono y la tradición de una arraigada fe cristiana; su escudo era el de un león orlado de la siguiente leyenda: *Vicit Leo de Tribu Juda*. «Con estos blasones, el león y la cruz, su valor de guerrero y la firmeza de su fe, fue el timbre de los guerreros hijos de Judá, como lo es de los hijos de la Iglesia la santa cruz», recoge de sus biógrafos el P. Besalduch¹⁸.

Las proezas del valiente y joven guerrero narradas por el autor al que remite el citado carmelita en su *Flos Sanctorum* son de una tan deliciosa fantasía que muy bien podrían compaginarse con las aventuras mil veces contadas del popular Harry Potter. Y si bien se ha dicho que la leyenda no es sino la poesía de la historia, aquí bien puede compaginarse lo uno con lo otro. Porque el singular príncipe Elesbán no sólo tiene ocasión de librar durísimas batallas contra los enemigos de su imperio, especialmente contra el hebreo apóstata y rey de Arabia Petrea Dunam, sino que tiene ocasión de visitar los conventos carmelitas de Fara, corte de Dunam donde estaba enterrado San Sabas (†520), General que había sido de los Carmelitas, como también los del Oreb y el Sinaí, «donde habían sido asesinados 38 religiosos que allí residían».

Aquel victorioso rey-emperador de Etiopía, tras las cruentas y durísimas batallas libradas contra el apóstata Dunam, decide renunciar públicamente a la corona y a su condición real, y así lo hace en plena catedral de Auxume; la consternación de sus fieles súbditos fue general y mucho más cuando anunció «trocar la púrpura imperial por el hábito de religioso carmelita... Cambiada la regia vestidura por el hábito de la Reina y Emperatriz del Carmelo, y el pomposo nombre de *Su Imperial Majestad* por el de *Fray Elesbán*, se acomodó en su humilde celdilla y emprendió la carrera de los santos mediante la observancia monástica»¹⁹.

Larga y fecunda vida de este singular etíope que alcanzó incluso las órdenes sagradas del sacerdocio; su vida de penitente, de retirado monje y de

17. Sobre este prolífico autor de tan gran influencia en Portugal véase VELASCO BAYÓN, B., *História da Ordem do Carmo em Portugal*, Lisboa 2001, pp. 446-447.

18. BESALDUCH, S., *Flos Sanctorum*, p. 334.

19. BESALDUCH, S., O. Carm., *Flos Sanctorum del Carmelo*, pp. 337-339.

apostolado le fueron modelando como un ejemplar carmelita que avergonzaba a sus propios compañeros de comunidad, algo que nos recuerda al este sí auténtico e histórico beato Nuño de Santa María de tan singular existencia. Murió santamente, como no podía ser menos, el 27 de octubre de un año incierto entre los de 530-540, alrededor de los 40 años de edad. Se le representa con una espada convertida en cruz, símbolo de sus batallas libradas en nombre de su fe, con la corona imperial a sus pies a la que había renunciado. En todos los lugares en los que se le rinde culto y representa, siempre va junto a su compatriota Ifigenia.

VI. SANTOS PONTÍFICES Y PATRIARCAS

6.1. *San Telesforo papa (†154)*

«Gozoso se muestra hoy el Sagrado Monte Carmelo pues, secundando con el patrocinio de la Santísima Virgen, comienza a dar flores de sus cumbres para adornar la Tiara de la Iglesia. Ya descendiendo de Galaad las cabras místicas que pastoreó el grande Elías y al principio de la predicación del Evangelio, fueron coadjutores de los Apóstoles, da sucesores y Padres que gobiernen sus Cátedras y Sillas, pues corriendo el año de 142 subió nuestro Padre San Telesforo, hijo de Elías y criado en su profesión, a la suprema Silla de San Pedro». Y como refrendo documental de todos sus asertos, el historiador descalzo trae a colación a San Dámaso quien escribió su vida. «En sus Anales la refiere el Cardenal Baronio, y nuestro Lezana. Y el P. Fray Segero Paulo, carmelita coloniense y varón doctísimo, la escribió e ilustró con grandes notas, la cual a los cinco de enero la trae en su primer tomo de los hechos de los Santos el P. Juan Bolando»²⁰.

Pero será el P. Besalduch quien nos dará una plástica pincelada recordando que las Carmelitas Descalzas de Monte Carmelo tenían en su templo conventual una pintura mural que, si bien no era de gran mérito artístico, «no por ello deja de ser un monumento más de las venerandas tradiciones de la Orden». Y nos lo describe así:

«Nuestro biografiado San Telesforo es el personaje central y aparece vestido de Sumo Pontífice, con su tiara, cruz papal, palma verde y un libro en las manos rotulado con las glorias de su pontificado. A la derecha tiene a San Cirilo de Alejandría, con los hábitos y atributos de Patriarca y un rótulo con el dogma de la Maternidad divina de la Virgen que él defendió y proclamó como dogma de fe en el Concilio de Éfeso, en calidad de Legado del Papa

20. SANTA TERESA, J. de, OCD, *Flores del Carmelo*, pp. 82 y 88.

San Celestino I. A la izquierda campea el penitente San Hilarión, vestido de melota y palio (túnica y capa blanca), con luenga y descuidada barba, tocada la cabeza con el capucho de la clásica cogulla, y en la mano derecha una calavera, como si estuviera leyendo en un libro abierto lleno de realidad y de verismo, ya que *summa philosophia consideratio mortis est*».

No cabe la menor duda de que el P. Simón, ya en aquellos años cincuenta, preveía no sin cierta nostalgia, que todo aquel mundo de leyendas y fantasías trenzadas en torno al Carmelo y a los *Hijos de los Profetas* se iba a desmoronar bien pronto ante la mordaz e implacable crítica de la historiografía moderna que ya se acercaba.

El *Liber Pontificalis* afirmaba que durante el pontificado de San Teseforo, al que fue elevado en el año 142, había instituido el ayuno cuaresmal e introdujo la costumbre de poder celebrar tres misas el día de Navidad (a medianoche, al alba y en pleno día) con el canto del *Gloria in excelsis Deo*, afirmaciones que se recordaban con sumo gozo en las lecturas del breviario, y de ahí que se le represente con un cáliz y tres formas sobre el mismo en señal de tan graciosa concesión. Se dice que murió degollado por las desatadas turbas romanas el año 154, razón por la que también se le representa con la palma del martirio, una gloria más añadida a su pontificado.

Su fiesta se celebraba litúrgicamente en la Orden el día 19 de enero con rito de doble menor de segunda clase, pero en la reforma efectuada en 1972 se suprimió tal conmemoración al ser considerado como santo ajeno a la Orden, muy anterior a la fundación de la misma; su biografía pertenece más al género de la fantasía que al de la historia real. Una colosal imagen enmarcada dentro del gran retablo del Carmen de Antequera, obra de Antonio Primo, le representa con aires barrocos y de gran elegancia, portando el cáliz con las tres clásicas formas eucarísticas.

6.2. *San Dionisio papa* (†272)

«Dionisio, imitando a aquellos santísimos capitanes del Instituto Monástico quienes, abandonando el bullicio de las ciudades construían su celdas cerca de las riberas del Jordán y se alimentaban con hierbas silvestres, profesó por algún tiempo la vida anacorética o monástica, y de allí fue elevado al sumo pontificado».

Así se hacía constar en el antiguo breviario carmelita hasta tiempos muy recientes en el que se decía que «desde la soledad del yermo fue elevado a la categoría papal», aunque no constaba cuántos años pasaron desde que salió de Siria, «donde observaba con gran perfección el método de vida de

los *Hijos de los Profetas Elías y Eliseo*» hasta su elección como pontífice. Tanto en la oración colecta de la santa misa como en el calendario propio de la Orden se utilizaba la fórmula de “Papa y Carmelita *Ordinis nostri*”.

El P. José de Santa Teresa da comienzo a su desfile de santos con la *Vida de Nuestro Padre San Dionisio Papa* que se celebraba en el santoral carmelitano el día 19 de enero. Y empieza diciendo:

«No se puede negar, como dice el Cardenal César Baronio, haber sido el Monacato en la Iglesia del Señor Seminario de santísimos preladados, pues de sus celdas y claustros salieron infinitos monjes a ocupar sus mitras y su tiara, según escribe San Atanasio a Draconcio... Esto se muestra bien en nuestro Padre San Dionisio que, de las soledades del Carmelo y del Jordán, fue el primero de los monjes cenobitas que ocupó la silla Apostólica. [...] Nuestra Religión lo celebra este día como a santo propio por los títulos que luego presentaremos»²¹.

Pero la razón principal por la que San Dionisio Papa fue considerado y venerado en la Orden como santo carmelita es porque en el autorizado *Liber Pontificalis* se afirmaba con toda rotundidad que Dionisio, antes de ser elegido sumo pontífice, había practicado la vida monástica; en el siglo XVI se le consideró como “ermitaño carmelita” y como tal fue incluido en el catálogo de la Orden.

«La iconografía lo pinta y esculpe desde los más remotos tiempos hasta nuestros días vestido con el hábito carmelita», nos informa e P. Besalduch. «Así consta por unas pinturas en tablas antiquísimas que se conservaban en Bruselas, Verona, París, Venecia y Roma, conforme escribe Pedro Lucio en la Vida del santo. Otro tanto aparecía en las planchas de cobre, también muy antiguas, que poseían los carmelitas descalzos de Salamanca, según escribe nuestro Alegre de Casanate».

Como pontífice es alabado nada menos que por los grandes santos Atanasio y Basilio quienes hicieron uso de sus propio escritos a fin de probar con mayor contundencia la divinidad de Jesús tan atacada y cuestionada en aquellos primitivos tiempos. «Tanta era la fuerza de sus argumentos y la elegancia de sus escritos»²².

Murió San Dionisio en Roma el 26 de diciembre de 272. Su conmemoración litúrgica se celebraba primero el día 19 de enero y más tarde se trasladó al 30 de diciembre con rito menor de primera clase. En la reforma del calendario carmelita efectuada en 1972 se suprimió sencillamente porque su vida era anterior a la propia fundación de la Orden «y, por tanto, su per-

21. *Ibid.*, p. 1.

22. BESALDUCH, S., *Flos Sanctorum*, pp. 302-305.

tenencia a la misma se consideró puramente fantástica», se escribe en el recientemente publicado *Dizionario Carmelitano*²³.

6.3. *San Cirilo de Alejandría (370ca.-444)*

«Dado que en las lecturas litúrgicas del Breviario Romano se afirmaba de él que “había estado en el Monte Carmelo y allí en compañía de otros santos varones que sobre el mismo moraban llevó por un tiempo una vida de cielo”, fue también erróneamente considerado como carmelita, y en el siglo XV fue confundido con otra figura legendaria también venerada como *carmelita*, Cirilo de Constantinopla». Su fiesta se celebraba en el siglo XVIII el día 28 de enero y después se trasladó al 9 de febrero²⁴.



San Cirilo de Alejandría, considerado ya en el s. V como carmelita, preside el Concilio de Éfeso de 431

A pesar de todo fue un santo de gran popularidad entre los carmelitas, figura que no faltaba nunca entre los grandes patriarcas y la alta jerarquía que la Orden había dado a la Iglesia tales como San Telesforo, San Dionisio, San Pedro Tomás, San Andrés Corsini, etc. Así aparece en el grandioso retablo del Carmen de Antequera (Málaga) al que ya antes nos hemos referido, obra del maestro entallador antequerano Antonio Primo, una auténtica *Gloria de Bernini* en madera de pino rojo, obra terminada en 1747; en

23. *Dizionario Carmelitano*, p. 239.

24. BOAGA, M., O. Carm., «Cirilo de Alejandría, santo obispo y doctor de la Iglesia (370-444ca)» en *Dizionario Carmelitano*, p. 141.

cuanto a su imagería se sabe que el escultor lucentino José de Medina talló los santos carmelitas de elegantísima traza.

Aparece como santo obispo y doctor de la Iglesia; su magna empresa la llevó a cabo como Patriarca y Presidente del Concilio de Éfeso celebrado en el año 431. Gran defensor de la maternidad divina de María, los carmelitas lo veneraron siempre como campeón de la más privilegiada condición de María. Y así se le representa en un magistral lienzo que perteneció al Colegio de San Alberto de Sevilla, obra de Meneses Osorio, y que hoy se nos muestra en el Museo Provincial de Bellas Artes de Sevilla.

En este precioso lienzo aparece el santo patriarca presidiendo la magna asamblea conciliar con la Virgen del Carmen al fondo, según la tipología murillesca de Virgen sedente, mientras que otro carmelita le asiste en las tareas conciliares. Durante la época del barroco en España también se le representa de pie con el hábito carmelita, portando el palio y la cruz patriarcal en forma solemne, a semejanza del que pintó Zurbarán para el mismo Colegio de San Alberto sevillano²⁵.

6.4. *San Cirilo de Constantinopla (†1224)*

«Figura de existencia puramente literaria», escribe el P. Staring. «Gozó de gran fortuna en el ámbito de la tradición joaquinita en la Orden franciscana y en la carmelitana desde el siglo XIII al XVI. Presbítero y ermitaño del Monte Carmelo, habría recibido de manos de un ángel que se le apareció durante la Misa dos tablas de plata con las inscripciones proféticas en caracteres griegos que él habría traducido al latín y enviado después al abad Joaquín de Fiore (†1202) del cual habría recibido una carta de respuesta. Estas profecías conocidas como *Oraculum angelicum* y tenidas en gran estima por los Espirituales, fueron comentadas por Juan de Rupescissa (1350) y Telesforo de Cosenza (1386). Una carta de Cirilo a Eusebio, prior de Monte Neroi junto a Antioquía, fue divulgada después de 1378 por el carmelita Felipe Ribot. Juan Grossi, hacia 1400, le enumera entre los Generales de la Orden Carmelitana, como el segundo en su *Viridarium* y como el tercero en su redacción del *Catalogus Sanctorum*. Acerca de la vida de Cirilo florecieron más tarde otras noticias completamente legendarias... En 1399 el Capítulo General de los Carmelitas lo propuso como Confesor y Doctor a la veneración de los fieles», nos dice el P. Staring²⁶.

25. MARTÍNEZ CARRETERO, I., O. Carm., «Santi del "legionario" carmelitano» en *Dizionario Carmelitano*, edición italiana, Roma 2007, pp. 461-465.

26. STARING, A., O. Carm., «Cirilo de Constantinopla, santo», en *Santos del Carmelo*, pp. 271-272.

Ni que decir tiene que tanto el P. Besalduch como el P. José de Santa Teresa le dedican páginas y páginas loando sus virtudes y contando prodigios en sus respectivas hagiografías. Su fiesta se celebraba el día 6 de marzo.

VII. SANTOS ERMITAÑOS

7.1. *San Espiridión* (†348)

«Las historias y vidas de los varones santos y generosos, dice Simeón Metafraste, traen inmensa utilidad a las almas porque no sólo las desnudan de toda imperfección sino que las disponen y enriquecen de virtudes, y singularísima es entre las demás la de nuestro Padre San Espiridión, pues nos da todas estas utilidades en compendio», nos dice el P. José de Santa Teresa en su habitual tono moralizante. «Juntó Dios en este Santo las maravillas como las virtudes de muchos: la sencillez de Jacob, la mansedumbre de David, la hospitalidad de Abraham y las prendas de otros ilustrísimos patriarcas para que, unidas todas compusiesen un S. Espiridión en quien gozase la Iglesia una fiesta de todos los santos y la Religión Profética se gloriase en tenerle por hijo y Padre suyo», completa el biógrafo²⁷.

Se dice que nació en Chipre hacia el año 270. Fue pastor de sus propias ovejas como hacendado, y muy joven aún sus padres le destinaron al santo estado del matrimonio en cuyo seno le nació una hija que se llamó Irene. Años más tarde, al morir su esposa, sintió la llamada al monacato. «Desde el primer momento puso su pensamiento en los solitarios del Carmelo, cuya fama de santidad se extendía por doquier». Decidido a formar parte de aquel grupo de ermitaños, vendió cuanto tenía repartiéndolo a los pobres, una vez que había dotado económicamente a su propia hija e instalado en un monasterio de santas vírgenes. «A la luz de documentos y monumentos, las tradiciones de la Orden sitúan a San Hilarión entre los más ilustres solitarios del Carmelo de los primeros siglos del Cristianismo», escribe el P. Besalduch²⁸.

«Libre ya de todos los impedimentos del mundo –prosigue diciendo el autor citado–, emprendió la marcha por rutas de peregrinos y solitarios. Primero visitó los Santos Lugares y luego subió al Monte Carmelo. Recibido el hábito de monje y, afiliado al instituto eliano, llegó a ser modelo de todas las virtudes de tal modo que se hizo terrible a los demonios, admirable a los ángeles y casi inimitable a los hombres; así lo escriben sus biógrafos».

27. SANTA TERESA, J. de, OCD, *Flores del Carmelo*, p. 607.

28. BESALDUCH, S., O. Carm., *Flos Sanctorum del Carmelo*, p. 296.

Siguiendo a dichos *biógrafos*, el P. Simón nos cuenta que vivió ocho años en el Monte Carmelo; de aquel tiempo nos habla un tal Rufino de Aquileya afirmando de Espiridión que era *vir unus ex Ordine Prophetarum*, testimonio que se recogió en el oficio propio que durante muchos años se incluyó en el breviario carmelita, aprobado varias veces por la Sagrada Congregación de Ritos, en cuya oración propia se decía: «... *Et sicut ille religionis a Propheta Elia institutæ fuit fidelis imitator...*»

Ante tales testimonios no había más que decir. Luego se hace constar que, como buen y consecuente carmelita, aplicó aquello del *contemplata aliis tradere* y regresó a su patria chica, Chipre, a fin de predicar la Palabra de Dios a sus propios paisanos. De aquel tiempo las viejas crónicas nos hablan de prodigios y milagros como el hecho de que despertara del sueño eterno a su propia hija difunta a fin de que le revelara dónde había escondido una valiosísima joya que una buen mujer le había dejado en depósito y que constituía todo su capital, como así lo hizo, milagro entre otros muchos prodigios que se recogían en una de las lecturas del viejo breviario carmelita.

Elevado a la dignidad de obispo en su propia tierra, se dice que fue desterrado durante la persecución del emperador Maximiano, debiendo exiliarse en España de cuya sede toledana se hizo cargo hasta que la paz de Constantino le permitió regresar. Asistió al Concilio de Nicea en 325, distinguiéndose por su condena a Arrio, lo mismo que hizo en el Concilio Sardicense en 347 en el que se encontró con San Atanasio.

Murió Serapión santamente, tal y como había sido su propia vida, el día 14 de diciembre del 348, fecha en la que se conmemoraba su festividad y se celebraba con oficio propio, pero al coincidir con la de San Juan de la Cruz, se trasladó su fiesta al día 16 del mismo mes.

7.2. San Hilarión (†372)

«Habiendo de escribir, dice San Jerónimo, la vida de San Hilarión, invoco al que moró en su alma, que fue el Espíritu Santo, para que como la llenó de virtudes tan excelentes, me conceda a mí palabras con que pueda tan dignamente retratarlas que no salga desigual esta narración a sus hechos». Y así da comienzo el autor de *Flores del Carmelo* a la vida de este santo supuestamente carmelita. Modelo de penitente ermitaño desde los 16 años, libró duras batallas con el demonio que no se daba por vencido.

Nace en la ciudad de Tabatha en Palestina, cerca de la conocida Gaza, hacia los años de 292. Solitario penitente desde muy joven, de aquellos

tiempos se cuentan verdaderos prodigios y luchas sin cuartel contra las fuerzas del mal; su fama en Palestina llegó a ser tan grande y popular como San Antonio Abad lo fuera en Egipto, contemporáneos ambos. Murió en Chipre el 21 de octubre de 372 a los 81 años; fue modelo de combate espiritual. Para los carmelitas era muy importante esta figura por ser el restaurador del antiguo monacato en Palestina tras las persecuciones de los primeros siglos del cristianismo.

El P. José de Santa Teresa confiesa haber utilizado las biografías de San Eusebio de Cesarea y de San Jerónimo, empleadas por el Cardenal Baronio en sus famosos *Anales*,

«...y de nuestra Religión infinitos escritores de los cuales juntó algunos el Maestro Lezana en los Anales de la Orden, y el P. Coria en su Crónica nos dio su vida en castellano». Fue monje, «y aunque por sola esta razón pertenezca a nuestra Religión, hija y sucesora del grande Elías a quien aquellos primeros siglos reconocieron como por primer Padre de Monjes y Anacoretas, expresamente lo confiesan Laurencio Beyerlinch y otros escritores de la Religión que refiere el P. Lezana... y como constante tradición de la Orden la calificó la Iglesia, concediéndonos rezar del como santo propio»²⁹.

Y el P. Basalduch va mucho más lejos pues nos asegura que San Hilarión

«fue uno de los varones santísimos del Instituto que Elías fundó en el Monte Carmelo porque, no sólo se formó en la Escuela de los Hijos de los Profetas, sino que también fue verdadero monje y morador del mismo Monte Carmelo. Así consta por los catálogos y santorales o calendarios más antiguos de la Orden de acuerdo con todos los escritores carmelitas y no pocos extraños. En los misales y breviarios de fecha más remota se titula su fiesta con los dictados de *Patris nostri* y *Ordinis nostri*. Hoy en día en el Oficio divino se rezan las mismas lecciones del segundo nocturno que se rezaban en aquellos tiempos, las que repetidas veces fueron aprobadas por la Sgda. Congregación de Ritos». Y esto lo escribía el P. Basalduch en 1951.

De todos estos anacoretas existe una buena colección de pinturas en el extinguido convento de carmelitas descalzos de Pastrana (Guadalajara), tan importante cenobio en los principios de la descalcez y en la actualidad convento de franciscanos; son lienzos del siglo XVIII y de no desdeñable calidad que fueron restaurados en los años noventa con ocasión del IV Centenario de la muerte de San Juan de la Cruz. Eran vivos ejemplos para aquellos carmelitas que tanto añoraban la soledad del desierto y la vida contemplativa, iniciada por el P. Baltasar de Jesús y otros notables ermitaños.

29. SANTA TERESA, J. de, OCD, *Flores del Carmelo*, pp. 320-321.

Sin embargo, el jarro de agua fría nos lo termina de echar el *Dizionario Carmelitano* respecto a nuestro tan célebre San Hilarión cuando nos informa de que

«este notable abad, conocido por su admirable y austera vida monástica en Palestina y por su constante búsqueda de soledad, fue confundido durante algún tiempo con un cierto Hilarión mártir de la Provincia de Tierra Santa que aparece en el catálogo breve de los santos de fines del siglo XIV; aclarada la distinción entre los dos homónimos ya en el siglo XVI, se le continuó manteniendo erróneamente al santo abad como “carmelita” y se celebraba en la Orden su memoria litúrgica el 21 de octubre con rito doble de segunda clase»³⁰.

Naturalmente, fue uno de los santos suprimidos en la reforma litúrgica de la Orden de 1972 por su anacronismo respecto a la historia del Carmelo.

7.3. *Santa Eufrosina (s. V)*

Y por último, aunque en el tiempo le corresponda entre las más antiguas, hacemos breve reseña de esta original santa que se empeñó en vivir en un monasterio de monjes vestida de ermitaño. Extraña figura venerada en el Carmelo durante mucho tiempo sin haber sido objeto de la más leve crítica ni dudado de su identidad. He aquí cómo nos escribe el pórtico de esta biografía el P. José de Santa Teresa al principio de su biografía:

«Presente tenemos una mujer varonesa a quien la gracia con las obras que le ayudó a hacer superiores a las de los varones más robustos, vengó del agravio que le hizo la naturaleza formándola en sexo tan frágil». Y después de citar a Homero que se quejaba de que en su tiempo ya la naturaleza estaba gastada y no producía gigantes, proseguía diciendo: «Pero de esta mengua está libre siempre la gracia, porque en todos los tiempos y edades ha producido gigantes en santidad y ánimos varoniles en el sexo frágil de mujeres, con que ha probado que ella se gobierna con fuerzas y leyes más divinas».

A continuación nos cuenta el descalzo que la joven Eufrosina había nacido en Alejandría de Egipto y queriéndola casar sus padres visitó antes un monasterio de santos monjes en el que pasó unos días, observando admirada la disciplina, la austeridad y el orden de aquellos santos religiosos, despertándose en ella tales deseos de seguirlos que se decidió a hablar a un venerable anciano de mucha fama a quien confió sus deseos, imposibles de

30. *Dizionario Carmelitano*, p. 468.

realizar al no existir monasterios de monjas; ambos guardaron el secreto de cuanto habían decidido: vivir como santo varón en aquel recinto de hombres fuertes, ocultando su condición femenina.

Y con una serie de tretas y aventuras logra ingresar de monje, bien disfrazada de varón joven y apuesto, distinguiéndose bien pronto como ejemplo de virtud heroica y sublime bajo el nombre de *fray Esmaraldo*. Todas las novelas de aventuras y enredos quedan pálidas ante esta vida de intriga, a la vez que edificante; ignoramos si el citado autor de esta biografía estaba pensando en sus monjas descalzas a las que la misma Santa Teresa las quería muy esforzadas y *varoniles*³¹. Un inesperado final y piadoso cierra la vida de esta mujer que deja al lector una sensación de haber tenido el más bello de los sueños.

El caso de esta santa es muy semejante a las vidas legendarias de otras santas mujeres que se dice se santificaron en monasterios de hombres tales como fueron Santa Pelagia y Santa Eugenia, muy veneradas también en los países orientales y principios del monacato. Fue durante mucho tiempo conmemorada y celebrada en el breviario, formando parte del santoral carmelita, el día 11 de febrero, aunque más tarde se trasladó su fiesta al 2 de enero con rito litúrgico de doble menor de segunda clase, lo que hoy sería memoria libre. Como la de otros muchos santos legendarios, la conmemoración de Santa Eufrosina también fue suprimida del santoral carmelita en la reforma efectuada en 1972, como igualmente sucedió con su homónima Santa Eufrasia, de la misma época y de la misma tierra de Egipto.

Et alibi aliorum plurimorum sanctorum martirum atque sanctarum virginum.

31. SANTA TERESA, J. de, OCD, *Flores del Carmelo*, pp. 109-117. «Estas palabras regaladas... es muy de mujeres y no querría yo, hijas mías, lo fueseis en nada ni lo parecieseis, sino varones fuertes», escribía Sta. Teresa en *Camino de perfección*, 7, 8.